



APUNTES PARA UNA EPISTEMOLOGÍA SEMIÓTICA

Notes for a Semiotic Epistemology

Notas para uma Epistemologia Semiótica

Juan Campesino¹  

¹ Centro Nacional de Investigación, Documentación e Información Teatral Rodolfo Usigli, MÉXICO

RESUMEN

Se propone una aproximación preliminar a una epistemología semiótica de cuña estructuralista que considera las dinámicas tensivas del tiempo y el espacio en el quiasma que media entre lenguaje y conocimiento. Una vez comprendidos tiempo y espacio en tanto que facultades cognitivas, se define la intensidad y la extensidad como magnitudes respectivas del percepto y el concepto, y se las pone en relación con los aspectos perfectivo e imperfectivo del lenguaje. Se ofrece, por último, un ejemplo relativo al conocimiento inherente a las cosmovisiones de oriente y occidente.

Palabras clave: epistemología, semiótica, tensividad, aspectualidad, cosmovisión.

ABSTRACT

This paper proposes a preliminary approach to a structuralistic semiotical epistemology that considers time-space tensive dynamics in language and knowledge chiasma. Once it comprehends time and space as cognitive faculties, it defines intensity and extensity as the respective magnitudes of percept and concept and puts them in relation to language's perfective and non-perfective aspects. Finally, it offers an example concerning knowledge in Eastern and Western worldviews.

Keywords: epistemology, semiotics, tensivity, aspectuality, worldview.

RESUMO

Este artigo propõe uma abordagem preliminar para uma epistemologia semiótica estruturalista que considera a dinâmica tensiva do tempo e do espaço no quiasma que medeia entre linguagem e conhecimento. Uma vez que tempo e espaço são compreendidos como facultades cognitivas, intensidade e extensão são definidas como as respectivas magnitudes da percepção e do conceito, e estas são relacionadas aos aspectos perfectivos e imperfectivos da linguagem. Finalmente, um exemplo é oferecido referente ao conhecimento inerente às cosmovisões orientais e ocidentais.

Palavras-chave: epistemologia, semiótica, tensividade, aspectualidade, cosmovisão.

Fecha de Recepción	2025-03-24
Fecha de Aceptación	2025-06-23

TIEMPO Y ESPACIO, FACULTADES COGNITIVAS

Hace ya tiempo que en los ámbitos del arte y la cultura he venido atestiguando una voluntad de desemiotizar [sic] la comprensión de los fenómenos, misma voluntad que, estoy seguro, constituye una reacción a la fuerza que Paolo Fabbri (2000) denomina giro semiótico y que, a lo largo y ancho del siglo veinte, se encargó de explicar el conocimiento echando mano de las herramientas diseñadas durante ese mismo lapso para estudiar el lenguaje y la comunicación. Al margen de lo que ha supuesto para el conocimiento en sí, valga decir, su llana y no menos atroz conversión en minería informática, por lo que hace a las herramientas de estudio, esto ha conducido a que cada vez nos pongamos menos de acuerdo en los alcances que entrañan los conceptos *semiótica* y *semiología*. Gran parte de este desacuerdo se ha fraguado en el seno del estructuralismo europeo, y en especial en el de cepa francesa, algunos de cuyos exponentes se han empeñado en reducir su espectro al grado de que, por ejemplo, Greimas y Courtés (1982) dejan fuera de su *Diccionario* la tradición, heredera del contextualismo wittgensteniano, que transita de la filosofía analítica británica a la pragmática estadounidense (pp. 11-12). Arguyen razones de orden económico, con todo y que aún está por verse, de un lado, que la teoría de la enunciación de un Benveniste alcance para dar cuenta de los postulados no ya de Austin y Searle, tan solo del primero, y del otro, que el campo de la semiótica no tenga cabida para los lenguajes lógicos.

El enfoque postsaussureano tiende a olvidar, primero, que “toda significación del signo ocurre en el contexto” (Hjelmslev, 1974, p. 70) y, segundo, que “toda conducta verbal se orienta a un fin” (Jakobson, 1986, p. 349), sucumbiendo a la ilusión de que, una vez volcado el contexto en la significación, el fin en la conducta verbal, el estudio de los segundos alcanza para identificar la todopoderosa semiosis, cuando en realidad ocurre que, cuando se echa a andar la función referencial de un mensaje, la conducta sígnica genera el contexto. Más aún, y esto no nos lo dice Jakobson, cuando la función dominante es la fáctica, la poética o cualquier otra, estas se convierten en el texto que, mediante la función referencial, ha de transformarse en contexto. El contexto, dicho llanamente, equivale punto por punto al nivel de habla del que habla Saussure. Atado no al devenir, sino al sinnúmero de devenires de la especie, su carácter temporal aparentemente no se deja aprehender por ningún medio, lo que ha redituado en su exclusión del análisis de cuña más estructuralista. Y digo “aparentemente” porque, en sus “formas de sustancia” (Hjelmslev, 1974, p. 62), el propio Hjelmslev deja abierta la puerta para el desarrollo de metodologías de análisis idio y dialectal como las que condujeron el trabajo de un Juan Manuel Lope Blanch (1977). Aun ahí se trata, sin embargo, del estudio de ese adentro al que se refiere el danés cuando dice que el signo se desplaza, primero, de adentro hacia afuera, al sistema, y de ahí nuevamente hacia adentro, al hablante (Hjelmslev, 1974, p. 86), y que es posible porque la sustancia del signo de ningún modo equivale a la materia bruta; equivale, antes bien, a un horizonte de operaciones no ya

lingüísticas, sino semióticas. Puede que, en efecto, en Greimas se traduzca tan solo en una omisión, lo que no resulta tan grave siempre y cuando se reconozca que sus estructuras semánticas se sitúan en el nivel léxico y aún lexicogramatical del significado. En cambio, a Zilberberg (2016b) el olvido lo conduce, “por comodidad”, al equívoco de imaginarse un espacio “de acogida y de calificación para todas las magnitudes” que se presentan (p. 81), cuando está claro, al menos para mí, que las dimensiones del espacio no alcanzan para las magnitudes de intensidad¹. Basta con que pongamos los sintagmas de arriba abajo como en la escritura china para que la horizontalidad deje de ser una propiedad del espacio, como en la gramática tensiva, y se convierta en una propiedad temporal que, más que por sus dimensiones, se mide por sus sucesiones².

Me refiero a que, sin importar cómo se las represente (lengua y habla en Saussure, selección y combinación en Jakobson, paradigma y sintagma o bien sistema y proceso en Hjelmslev, en Piaget, asimilación y acomodación), a la discreción de las unidades espaciales se opone irremediamente la variación continua del eje temporal, de donde las funciones Y (lo uno y lo otro) y O (o lo uno o lo otro) de la lógica de clases (Boole, 1958), antecedente

¹ El error consiste, *grosso modo*, en desplazar la noción de *dirección* de las magnitudes extensas, las únicas que, tanto en Kant como en Hjelmslev, la tienen, al registro de la intensidad en tanto que ascendente o descendente (Zilberberg, 2016b, p. 29). La dirección es un concepto discrecional que no aplica para el aumento o la disminución en la percepción de una sensación; sentir menos o más para nada equivale a dirigirse de aquí para allá, o de izquierda a derecha: equivale, antes bien, a “una cadena continua de realidades y de posibles percepciones” que pueden ser mayores o menores (Kant, 2006, p. 206), pero no por eso ascendentes o decadentes, sino agrandantes o achicantes. Hay casos en que, sí, como en las magnitudes extensas, el sentido coincide con la dirección, pero por lo regular no es así. Basta recordar el predicamento en que nos pone el médico cuando nos solicita una calificación para nuestro dolor en tal escala, del uno al diez. Claro que, a mayor dolor, más se aproximará la evaluación al tope de la escala. Eso, en el supuesto de que alguna vez hayamos estado en ese tope; si no, ¿cómo saber? Más aún, ¿cómo saber si hemos estado en ese tope? No hace falta, por cierto, llevar la discusión a los extremos alienígenas de la teoría de los *qualias* (v. Ezcurdia y Hansberg, 2011) para comprender que, por su mismo carácter cualitativo, nada ilusorio, por lo demás, la intensidad no se puede medir con constantes numéricas; es, pues, pura relación: mientras *menor* es la temperatura, *más* frío hace. En términos generales, el espacio tensivo de Zilberberg (2016b) es el de la gramática, de las gramáticas, si se quiere, más no el de la sintaxis. Solo así se comprende que la intensidad pueda referirse al tempo (p. 83), un fenómeno dependiente no de la fuerza o la altura, no de la potencia o la frecuencia, sino de la duración o, lo que es lo mismo, la amplitud (v. Zilberberg, 2016a, p. 147 n.). La duración no es, valga aclarar, una intensidad, tal como, en el reverso, la extensidad no arroja los parámetros *concentrado* y *difuso*, sino amplio y estrecho. Como todo espacio, el de la gramática tensiva —prefiero, por lo ya dicho, este término inaugural— funciona como un sistema de oposiciones binarias que, además de por su energía, permite medir los efectos de la intensidad “por su carácter súbito, «abrupto»”, carácter que, dicho sea de paso, no se halla en las gradaciones. En cualquier discusión subida de tono se constata que la intensidad no puede medirse con un “pasó de S₁ a S₂” (en todo caso, S_a, S_b, S_c, donde todo es incógnita); es decir, que se puede definir, sí, por su debilidad, pero no por su destellanza (miembro de otro paradigma); si cambiamos “destellante” por “fuerte”, entonces resulta que no hay ningún correlato (*débil* y *fuerte* solo son correlatos en el espacio). En Kant, lo extenso corresponde a lo analítico, al camino que va del todo a las partes y de regreso. Lo intenso es, en cualquier caso, sintético y, más aún, sintáctico; el dominio afectivo lo es. “¿Qué tanto afecta?” no espera una respuesta del tipo “tres” o “seis”.

² Así opera el reloj más preciso con el que contamos y que mide el tiempo no por los desplazamientos equidistantes de unas manecillas o un cuerpo celeste, no por una propiedad espacial, pues, sino por la extrema regularidad del patrón de frecuencia atómica del cesio.

directo del estructuralismo, y más tarde los circuitos informáticos en serie y en paralelo de Claude Shannon (1938). En Kant (2006), esta oposición determina la estética trascendental, el más elemental, según él, de los conocimientos (p. 65). Estética, porque se dirige a la percepción; trascendental, ahí donde prefigura la concepción. En este marco, el filósofo de Königsberg los comprende como facultades y los define en tanto que tiempo, o facultad de percibir lo de adentro, y espacio, o facultad de percibir lo de afuera. Aquí lo de adentro significa el interior de la persona, del hablante, caso de la semiótica, mientras que lo de afuera significa llanamente su exterior, el de la lengua, *v. gr.* De un lado, el sujeto se percibe como un proceso de variación continua nunca acabado, como un flujo; del otro, los objetos se perciben acabados y en un sistema de variación discreta, esto es, en repertorios que allanan el camino a la concepción, a la formación de conceptos, vaya³.

A pesar de las apariencias, este formalismo, que en el marco del postestructuralismo francés ya daba comen-zón a un Derrida y a un Foucault, se replica en la línea anglosajona heredera de Wittgenstein, en aquella otra que conduce de Peirce a Eco por la vía de Morris y aún en una más actual como el análisis del discurso (*v. Calsamiglia y Tusón, 2012*). En todos estos casos se reconoce la necesidad de estudiar los componentes pragmáticos de la comunicación, si bien la tarea tiende a reducirse, o ampliarse, según se vea, a volcar el contexto en el texto; es decir, a semiotizar el conocimiento. Ni siquiera un título tan sugerente como el de Austin (1971) cumple su propósito de hacer cosas con palabras, conformándose a cambio con desplazar la performatividad del mundo al lenguaje. No es, por lo demás, poca cosa. Con sus variaciones, la estrategia ha conducido a ese adentro del que hablan Kant y Hjelmslev o, de otro modo, al estudio del impacto que el conocimiento filtrado por el lenguaje ocasiona en el sujeto, lo que sin duda ha redituado en beneficio del psicoanálisis (*v. Arrivé, 2001*). Queda, no obstante, libre el camino hacia ese otro afuera en

³ Cabe, por cuanto a la percepción interior, precisar que comprende dos funciones generales: la interoceptiva, que “se refiere a los diferentes estados de nuestro antiguo mundo interior químico y visceral, expresados mediante ese proceso híbrido llamado sentimiento”, y la propioceptiva en tanto que “referencia espacial que proporciona nuestro interior musculoesquelético, especialmente la estructura estable que soporta el edificio de nuestra individualidad” (Damasio, 2022b, p. 154). Con todo y que la percepción musculoesquelética aporta las coordenadas espaciales que posibilitan el movimiento controlado, lo cierto es que, por estar situada dentro del cuerpo, no puede desembarazarse de ese carácter temporal que determina la continuidad del movimiento. Un cuerpo entrenado puede simular el movimiento discontinuo de un robot, pero nunca dejara de ser eso, una simulación que oculta las transiciones naturales del movimiento corporal. A cambio, un cuerpo percibido de modo estrictamente exoceptivo desaparecerá de un momento a otro al franquear una puerta, lo que significa que únicamente se lo *percibe* en el espacio, solo ahí se lo aprehende en su totalidad; en el tiempo, una vez que ha desaparecido, hay que empezar a concebirlo. No se trata, ojo, de un recurso epistémico o meramente retórico. A diferencia de las que nos conectan con nuestro interior, más antiguas y elementales, las células nerviosas encargadas de conducir las señales provenientes del exterior cuentan con una especie de capa aislante, la mielina, que dota a la sensación de una localización espacial precisa. En el segundo volumen de su *Dictionnaire*, Greimas y Courtés (1986, pp. 182-183) dedican una entrada a la propioceptividad en la que la asocian con las categorías tímicas. A propósito, cabe señalar que, estrictamente hablando, la interoceptividad es de naturaleza epitémica.

el que el lenguaje se vierte filtrado por el conocimiento y en el que, de manera muy desatendida, Baudrillard (1969) dio unos primeros pasos. En este sentido, más que separarlo por completo del lenguaje para verlo como una materia bruta, desemiologizar el mundo significa transitar del lenguaje al conocimiento o, dicho llanamente, de la semiótica a la epistemología, tránsito que, claro, supone emplear las herramientas del conocimiento, tiempo y espacio, sus magnitudes y clases de variación, para estudiar el lenguaje que al volcarse en el mundo lo convierte en otra cosa.

PERCEPTO Y CONCEPTO, SUS MAGNITUDES

En términos semióticos, el concepto equivale a la forma del significado, al morfema de Hjelmslev, de ahí que se lo encuentre en los diccionarios, donde se corrobora su carácter lexicogramatical: se provee una definición y se indica si es un sustantivo o un verbo o una conjunción, si tiene género(s) o no, si pertenece a esta o a otra declinación, si es regular o irregular, transitivo o intransitivo, copulativo o disyuntivo⁴. El ordenamiento vertical de las entradas atestigua la discreción de las unidades que no solamente están separadas unas de otras sino que en absoluto se presupone su sucesión. Aquí sí que se puede hablar de extensión y, más aún, de dimensiones: longitud, latitud, altitud o, dicho en términos conceptuales, alcance, profundidad y carga. Pensemos en el concepto *perro*, cuyo alcance, restringido a su número y su género, va del caso general de un ejemplar masculino perteneciente a una especie del reino animal, en resumidas cuentas, del filo de los vertebrados, la clase de los mamíferos, el orden de los carnívoros y el género de los canis, a los más particulares del registro simbólico que recupera algunos rasgos si no prototípicos sí estereotípicos del animal, *v. gr.*, en “fiel como un perro”, “me tratas como a tu perro” o “vida de perro”, y de ahí a aquellos otros, mucho más locales, que designan las cosas que en sentido poético se considera que muerden, que son mordaces, vaya: el sol cuando quema mucho, el policía cuando nos extorsiona (“mordelones”, se los solía conocer en México), el examen cuando está muy difícil. Por lo que respecta a la profundidad, está claro que, conceptualmente hablando, la del espécimen del reino animal tiende a ser mucho mayor que la de cualquier otro, toda vez que la de estos se limita a uno o algunos rasgos de la de aquél, su pertenencia a la clase de los carnívoros, por ejemplo, lo que no quita que, en su *Coloquio*, Cervantes haya profundizado enormemente en el registro simbólico. Finalmente, el mismo concepto se puede emplear con una carga positiva o negativa: al oficial de policía que solicita un pago por fuera de la ley se le atribuye, obvio, de manera peyorativa, mas no así al examen cuya dificultad exige un

⁴ Ya el prefijo “con” de la *concepción* designa una binariedad; en términos semióticos, la del lexema y el gramema, la que no suele admitir modulaciones por parte de los ocasionales derivativos que, por cierto, no es común encontrar en los diccionarios. En los de la biología, corresponde a las células reproductivas o gametos, cuya feminidad o masculinidad de ningún modo se ve alterada por la dominancia o la recesión de tal o cual gen.

estudio concienzudo. Si, tratándose del español, sustituimos el gramema de género, resulta que la extensión del concepto cambia no solamente por lo que hace a la hembra de la especie animal, portadora, sin ir más lejos, de un aparato reproductor distinto del masculino, sino que, en la figuración, el registro simbólico desaparece casi por completo y, tratándose del poético, la mordacidad queda en segundo plano detrás de la connotación, casi exclusivamente despectiva, que atañe al merodeo, a la caza y al hecho de que, en sus períodos de celo, las hembras de la especie animal suelen copular con más de un macho. De este modo, un buen diccionario de uso debe transitar, siempre de manera discreta, del idioma al dialecto y, de ser posible, de ahí a algunos idiolectos.

Ahora bien, si empleo un concepto de tales dimensiones para designar no a cualquier policía que pide dinero por debajo de la mesa, sino a este oficial en particular que se inventó la infracción al reglamento y que me sacó los últimos quinientos pesos que me quedaban, y además se lo digo en su cara, entonces el discurso adopta una intensidad distinta de aquella que tendría si se lo dijera a mi acompañante, después de una infracción grave, cuando el agente ya nos ha dejado ir. Acá la intensidad puede variar, siempre de manera continua, en función de una cualidad de la expresión, el volumen y/o la entonación, por ejemplo, si se lo grito en su cara al oficial y más tarde se lo digo con calma a mi compañero de viaje e, incluso, aún más tarde cuando, riendo, se lo cuento a mis amistades en una fiesta; no es, sin embargo, necesario que así sea. El discurso cuenta con una estrategia semántica para viajar de manera gradual de unas unidades a otras: la relevancia. Ah, pero, aunque semántica, la relevancia es una noción que incorpora la pragmática estadounidense (cf. Sperber y Wilson, 1994) y que por ello no resultaría, valga la redundancia, lo suficientemente relevante para una semiótica como la de Greimas, en particular porque se trata de un aspecto lógico del discurso y no ya lexicogramatical⁵. Incluso así, en la órbita morfémica, esta variabilidad lógica del discurso se

⁵ Y bien podría decirse que no resulta lo suficientemente trascendente para un formalismo de tal envergadura. En términos generales, Greimas adopta la estrategia de Hjelmslev que, a las manifestaciones en el nivel de habla, opone la inmanencia estructural del sistema, capaz de explicarse por sí mismo desde que se vincula con los procesos de manera arbitraria. La llamada paradoja de la frontera no es más que eso, la carencia de un lenguaje natural capaz de vérselas con la artificialidad de nuestro lenguaje y, al mismo tiempo, la suficiencia natural de nuestro lenguaje para vérselas consigo mismo, y con “natural” me refiero justamente a lo opuesto de *arbitrario*; no es casualidad, por cierto, que para hablar empleemos nuestro aparato fonador ni que, en su defecto, recurramos a un sistema de señas. Ahora bien, desde el momento en que el propio Hjelmslev (1974) se rehúsa a imaginarse la existencia de un proceso sin un sistema detrás y, a cambio, propone la posibilidad de un sistema que no se manifieste en proceso alguno (p. 62), el sistema mismo adopta el apriorismo y la abstracción que caracterizan el concepto de trascendencia en Kant (2006), el mismo que, en su lógica, designa “el conocimiento de que tales representaciones [*conceptos e intuiciones*] no poseen origen empírico, por una parte, y, por otra, la posibilidad de que, no obstante, se refieran *a priori* a objetos de la experiencia” (p. 96) y que, intercambiando, creo que consecuentemente, *representación por forma*, por lo demás coincide punto por punto con la inmanencia hjelmsleviana. Desde luego que, se la conciba como forma o como representación, uno llega a este mundo y se topa con una lengua totalmente confeccionada, pero de ahí a que ésta se presente ya lista para referirse a nuestras experiencias dista un largo trecho. Antes bien, el párvulo debe recrearla en su interior toda vez que, de inicio, las formas altamente estandarizadas le resultan inadecuadas para su expresión, de donde su dependencia inmediata “de un medio propio de expresión, o sea, de un sistema de significantes construidos

verifica en el hecho de que la acción del verbo no afecta con la misma intensidad a los distintos objetos y complementos del predicado, sean estos prepositivos o desinenciales⁶. En este marco, la intensidad acusativa regularmente se traduce en una mayor relevancia del objeto directo con respecto a la dación del objeto indirecto y, más todavía, respecto a la ablación de los complementos. Esto, en los límites del enunciado; en los del discurso, cuando no lo hacen, insisto, la prosodia y la cenémica, el léxico y la gramática suelen bastar para indicar los cambios de dicha fluctuación. No hay, en español, más que anteponer el complemento de modo para que brille con mayor intensidad y adquiera, así, mayor relevancia. ¿Acaso no es con este cuerpo del lenguaje que juega el hipérbaton gongorino, con sus intensidades y sus relevancias? “Piramidal, funesta, de la tierra nacida sombra” ¿Hay acaso manera más elegante de modular la lógica del discurso mediante esa variabilidad que transita de unas unidades a otras?⁷ Acá es con elegancia; puede ser con espanto, en “Gigantesco, aterrador, de muerte herido el oso”, o bien con rabia: “Perro, maldito, salido de quién sabe dónde el policía”.

Otro tanto cabe señalar del plano de la expresión. Ahí son los fonemas, o cenemas desde la perspectiva de Hjelmslev, los que, por su mismo carácter discreto, admiten la medición extensiva o dimensional. Tan solo los fonemas consonánticos del español se distinguen con claridad unos de otros en virtud de tres criterios: el punto, el modo y la sonoridad de la articulación. En los tres casos se trata de identificar la presencia o bien la ausencia de ciertos rasgos distintivos, oposicionales, pertenecientes a repertorios finitos que al correlacionarse entre sí dan como resultado un catálogo numérico: diecisiete fonemas. Claro que en el nivel prosódico del habla estos criterios pierden su estamento numérico y se incorporan a un gradiente de matices insospechados en el que, por ejemplo, la /b/ se puede africar progresivamente hasta verse en un alófono como /β/, lo que, antes que a la extensión que separa /b/ de /β/, se debe simplemente a la intensidad de la fricación. Puesto que, a este nivel, no hay exhaustividad, acá también interviene la relevancia, ya que, como bien apunta Antonio Damasio (2022a), “no todo se traduce; nuestra mente no prepara subtítulos para cada línea de diálogo ni descripciones para cada imagen visual” (p. 205)⁸.

por él y adaptables a sus deseos” (Piaget e Inhelder, 2007, p. 65). En cualquier caso, según nos recuerda el mismo Kant, más que en el nexos entre el conocimiento y su objeto, la trascendencia se sitúa en la crítica del conocimiento, una función que, ya en el proceso de adquisición del lenguaje, pero también en la teoría lingüística, viene a desempeñar el metalenguaje. Por su parte, en Hjelmslev la inmanencia es producto del corte en la línea temporal del que, tan arbitrariamente como se relacionan el significante y el significado, la lingüística sincrónica parte para construir todo su edificio.

⁶ Hay lenguas amerindias en las que la intensidad transita del acusativo al verbo, de modo que se cuenta con un verbo distinto para cada objeto directo (v. Cassirer, 1998, p. 273).

⁷ ¿Primero sueño y luego vigilo o el sueño primero y luego el segundo? ¿Ambos?

⁸ La relevancia modula la información en su paso por los circuitos semiológicos del discurso tal como hace un aparato de transistores con la corriente eléctrica. La variación del sonido de un sintetizador analógico, por ejemplo, depende de la modulación de la corriente eléctrica conforme esta gana o pierde en intensidad mientras

DISCRECIÓN Y CONTINUIDAD

De poco serviría, no obstante, la lengua si solo nos permitiera construir estructuras con las formas exteriores y manifestaciones con la sustancia interior. El vínculo que media entre el interior y el exterior posee, en efecto, un carácter óntico, mas no ontológico. ¿Qué quiero decir? Que, antes que valores absolutos, el tiempo y el espacio constituyen modos de la gnosis, en particular, los modos de conocer, el primero, y el segundo, los modos del conocimiento. Media entre unos y otros una diferencia aspectual, ya que el conocimiento supone un corpus terminado, un volumen, mientras el conocer constituye un flujo inacabado⁹. Esta misma diferencia se halla, ¡oh sorpresa!, en las conjugaciones del verbo y en los verboides. Estrictamente hablando, de los tiempos simples del verbo, solo el presente, en “ella corre”, por ejemplo, posee un aspecto estrictamente imperfectivo, un aspecto, valga la redundancia, auténticamente temporal como el que condiciona la autopercepción del sujeto, siempre en presente continuo¹⁰. Nótese, por cierto, que en este caso la acción se desarrolla por fuera del sujeto de la enunciación y que, por tanto, su cómputo pasa primero por la exocepción; sin embargo, por tratarse de una acción continua, su enunciación implica la presencia simultánea de la acción y del sujeto que la enuncia; se dice al mismo tiempo que se observa, vaya, de modo que, literalmente, se la percibe en tiempo real. En cambio, el pasado simple “ella corrió” y el futuro simple “ella correrá”, o llanamente “corrió” y “correrá”, carecen de ese aspecto temporal que nos muestra la acción mientras se realiza. En su caso, puesto que está sacada del flujo temporal, la acción aparece, ¿reaparece, desaparece?, completamente terminada. Para generar la ilusión de que se la percibe en tiempo real, la conjugación cuenta, sin embargo, con una serie de simuladores capaces de situarse junto a la acción terminada o por terminarse, donde “junto” aporta precisamente el significado del prefijo *con* de concepción. Estos dispositivos de inversión operan lo mismo en verbos simples como el copretérito “corría” y el pospretérito “correría”, que en la composición del pluscuamperfecto “había corrido” y el antefuturo “habrá corrido”. En el reverso, dispositivos

se desplaza progresivamente por transistores de mayor conductividad y de mayor resistencia en el circuito, proceso en cuyo flujo intervienen tanto las condiciones electromagnéticas como las termodinámicas de la transmisión: un mismo transistor, a mayor temperatura y, por tanto, mayor resistencia, no afecta las cualidades sonoras de la salida en la misma proporción en que lo hace cuando, a temperaturas más bajas, se da un incremento de la conducción. Por el contrario, un sintetizador digital, al que con mayor propiedad debiéramos llamar analizador, arroja siempre una señal de salida completamente regulada, siempre un mismo sonido quiero decir, sin importar la intensidad de la señal de entrada; en este caso, ahí donde las condiciones electromagnéticas y/o termodinámicas de la transmisión traspasan un límite cuantitativo, cuando el aparato está demasiado caliente, por ejemplo, o la señal de entrada no alcanza el mínimo requerido, la señal de salida simplemente se interrumpe.

⁹ En su *Semiótica de las pasiones*, dicen Greimas y Fontanille (2002) que la aspectualidad suele situarse “por encima del valor propiamente dicho y antes que él; se trata de un cierto «valor» del valor y, en ese sentido, se le podría llamar «*valencia*», en la acepción química del término” (pp. 25-26).

¹⁰ Este presente continuo no tiene antes ni después, no tiene, pues direccionalidad.

análogos funcionan para atar espacialmente la acción, para quitarla de la presencia, como en el antepresente “ha corrido” y el antepretérito “hubo corrido”.

El análisis de los verboides arroja las mismas conclusiones, si bien echa luz sobre otros matices espacio-temporales de la acción y su verbalización. En los tiempos compuestos arriba mencionados, todos ellos de la voz activa, el participio no admite cambio de número o género porque se refiere a la acción y no a la persona, que a cambio se desplaza al verbo auxiliar, donde cobra además una notable pasividad¹¹. En tal caso, es la persona del enunciado la que se ausenta de la acción. Todavía en la voz pasiva, donde sí acepta el plural y el femenino, la acción del participio determina a la persona del enunciado, que queda así comprimida en la perfectividad de aquélla. Posee, pues, un carácter nominal, de ahí que venga a desempeñar funciones adjetivas. Cuando, en cambio, la acción es atributo de la persona, en el participio activo, la impronta nominal oblitera por completo a su contraparte verbal, de modo que aquí es la acción la que se desvanece, más no sin antes transferir su imperfectividad a la persona, que entonces se desata en un continuo. En el gerundio, por el contrario, la continuidad de la acción va de la mano de la ausencia total de la persona, de donde proviene su función estrictamente adverbial.¹² Finalmente, el infinitivo convierte la acción en persona. Su carácter nominal es total y por ello se le emplea como núcleo sustantivo¹³.

He limitado el análisis a los ejemplos más elementales con el objeto de iluminar la permeabilidad que adquieren el tiempo y el espacio en virtud del vínculo que une y separa las acciones y las personas gramaticales. Basta con incluir en él los verbos compuestos con gerundios e infinitivos para contemplar la gama entera de matices espacio-temporales que puede adoptar la interferencia verbal de sujetos y objetos. Cabe, asimismo, trasladarlo a los estilos de la referencia. El estilo directo reproduce al sujeto de la enunciación trayéndolo a la presencia, desatándolo en el presente: helo aquí, hablando. Y, sin embargo, por su estatus de repetición, el sujeto y su discurso quedan encerrados en un intervalo finito demarcado por las comillas, no tanto en un “dice” como en un “ha dicho”. Por su mismo carácter de cita textual, el inicio de la mención presupone ya su eventual término, lo que la convierte en una unidad discreta que, en sí misma, encierra una continuidad, tal como en esos típicos *souvenirs* conocidos como *snow globes*. Del otro lado, en el estilo indirecto, la función subordinante de la conjunción hace del discurso referido una suerte de apéndice del sujeto que lo enuncia, un atributo que, no obstante, por su mismo carácter recreativo, se desata en una variabilidad que, en primer lugar, se observa en el cambio de los tiempos verbales: no un “ha dicho «correré»”, sino un “ha dicho que correría”. Se trata, en suma, de un elemento cuya

¹¹ Es auxiliar en términos léxicosemánticos; en los estrictamente gramaticales, dado que solo él habrá de observar las concordancias necesarias para la transición del sentido, cabría considerarlo como verbo principal.

¹² Con una sola excepción, que yo sepa, en español, en “agua hirviendo”.

¹³ Cassirer recupera de Curtius (1998) los términos *puntual* y *cursivo* para referirse a los dos aspectos principales de toda acción (p. 193). Cabe, en el primero, distinguir el incoativo del terminativo.

continuidad refiere una singularidad. En un caso, el de la cita directa, se quita al sujeto de la enunciación y se lo sustituye por un impostor, mientras que, en el caso del estilo indirecto, lo que se suplanta es el sujeto del enunciado. Acá, la plasticidad de la variación continua, esto es, la posibilidad de tender y distender el material, queda limitada al cenema, a la sintaxis de la expresión, pues, de la que depende el llamado estilo indirecto libre. En cambio, allá queda restringida a la prosodia, en la que se registran los cambios del estilo directo libre. Allá, se desata a la persona y se comprime la acción; acá, se libera la acción para encerrar a la persona¹⁴.

Me he detenido en la cuestión con el propósito de que se comprenda que, en términos epistémicos, el tiempo y el espacio se traducen a la lengua, a las lenguas, en tanto que funciones como las que, si no las mismas, articulan las partes de la oración con las clases de palabras; esto es, función de núcleo, función de nexos y función de modificador, o lo que es lo mismo: función sincrónica o analítica, función diacrónica o sintética y función inversora. Se trata de funciones y no de estados desde que, en el lenguaje como en el conocimiento, los paradigmas, y los miembros del paradigma entre sí, no solamente contraen vínculos selectivos; antes bien, se comparan unos con otros, se contrastan, se asocian, se contaminan, se solidarizan, se complementan y un largo etcétera. A contrapelo, los sintagmas y sus elementos distan mucho de constituirse exclusivamente por combinación, ya que también se separan unos de otros, se equiparan, se oponen, se purifican, se enemistan, se desprecian y un etcétera tan largo como aquél, lo que quiere decir que la línea temporal pasado-presente-futuro y la tridimensionalidad longitud/latitud/altitud del espacio aportan tan solo el inicio de una empresa capaz de manufacturar a su antojo la presencia y la ausencia, el aparecer y el desaparecer y, claro, todas las combinaciones entre ellos que se pueda uno imaginar.

DE VUELTA AL CONOCIMIENTO: ORIENTE Y OCCIDENTE

A propósito de la relevancia, me queda claro que lo expuesto hasta aquí le puede resultar interesante a más de uno, y francamente, eso espero, si bien su relevancia no es tanta en el doble sentido de que, salvo por un par de precisiones, la gran mayoría ya se ha dicho y de que tan solo aporta un bajo relieve en comparación con el alto relieve de quienes lo han

¹⁴ Un caso, el de la mimesis; de la diégesis el otro. Este correlato, que ya aparece en Platón (*República*, III 10, 394a ss.), le reporta a Aristóteles (1974) uno de los tres criterios que configuran su catálogo de los géneros literarios existentes a la sazón (*Poética*, 1448a, 20), un catálogo tan estructuralista, por lo demás, como el de los fonólogos en el que, si la lírica queda fuera, es, quiero suponer, porque en la epopeya se dan cita la poesía épica y la poesía lírica (tan solo en la *Iliada*, así la guerra como la furia de Aquiles se desatan por sendos líos de faldas). Habida cuenta de que prácticamente toda obra literaria combina ambos estilos, no cabe duda de que el teatro trae el acontecimiento al presente y, en un mismo movimiento, hace de él una cosa acabada. ¿Significa esto que, pese a quedar en el pasado, la épica es imperfecta? Desde luego. Puede que la furia de Aquiles se dé por terminada tras las súplicas de Príamo, más no así la guerra de Troya, cuyo desenlace se reserva para otro poema.

dicho¹⁵. Aquí el bulto redondo hay que buscarlo más en la parcela del conocimiento, en lo que Dilthey llamó cosmovisión, por ejemplo, que en la del lenguaje, y digo “buscarlo” porque, en efecto, en ese ámbito ha quedado desatendido.

Desatendido, pero no completamente olvidado. Sin ir más lejos, para definir las tres cosmovisiones que identifica en la historia de occidente, el propio Dilthey parte del correlato hombre/naturaleza, oposición que, dicho sea de paso, le alcanza para tipificar el naturalismo, donde esta determina a aquél, el idealismo subjetivo, donde ambos se separan y, finalmente, el idealismo objetivo, que busca la armonía entre ellos (1985, pp. 65-84)¹⁶. Se trata de los llamados dualismos, los que se multiplican por aquí y por allá bajo distintas nomenclaturas: racionalismo, idealismo, formalismo, estructuralismo, fenomenología, psicoanálisis, epistemología, y en cuyo seno los miembros de la oposición reciben distintos títulos: esencia y apariencia, interior y exterior, realidad e ilusión, lo uno y lo otro, lo latente y lo patente, sujeto y objeto, signifiante y significado, pero siempre desempeñan funciones análogas, cuando no de plano las mismas. Y es que el problema no es el dualismo en sí. En cualquier caso, como dice Kierkegaard, toda dualidad es una triada, pues implica así sus elementos como la relación que media entre ellos (2002, pp. 21-22), a lo que cabría añadir que, si la relación es relevante, es decir, si está sujeta a la variabilidad, entonces resulta que toda dualidad es, cuando menos, un cuarteto, lo que se verifica en las cuatro posibilidades informáticas del bit digital. El problema es justamente la clase de variabilidad a la que se sujeta la relación, ya que cuando aquélla es discreta ésta se convierte en una determinación. Es el caso de los dualismos mencionados, en cada uno de los cuales el primer miembro de la oposición determina al segundo: el hombre determina (o termina determinando) la naturaleza, la esencia determina la apariencia, lo latente determina lo patente..., el signifiante determina el significado. ¿Qué quiere decir esto? Que el segundo término es un atributo del primero. Que el hombre, a imagen y semejanza de Dios, también se sienta a contemplar su creación. Es, sí, el dios de la discreción, que para todo género de “vida” crea macho y hembra, cuerpo y alma y, no contento con ello, se empeña en mantenerlos separados, correlativamente, unos de otros. De inicio, todo está acabado, y aun la genealogía no es más que uno de sus atributos, de modo que cabe en El Libro, llámese éste Torá, Biblia o Corán. Ésta es, *grosso modo*, la cosmovisión que alimenta la historia de occidente de cabo a rabo y que, en el horizonte del cristianismo, pasa de la presunción medieval del merecimiento, del catolicismo, pues, a la presunción moderna del esfuerzo que Weber explica, y de qué modo, en su ética protestante. En este marco, nos recuerda Laín Entralgo, el engaño del merecimiento se traduce en sacrificio: “Yo me sacrifico para recibir en mí o en los míos lo mucho que ese gesto merece” (1986, p. 210), donde, evidentemente, lo que se

¹⁵ En todo caso, la relevancia no equivale al interés. Aquí la pregunta es, pienso, si la teoría de la relatividad de Einstein o el *Quijote* de Cervantes serían tan relevantes si a nadie le interesaran. A mí me parece que sí.

¹⁶ Todavía cabría agregar una cuarta, existencialista, en la que el hombre determina la naturaleza.

propone es el cambio de una cosa por otra. También la ilusión del esfuerzo supone semejante sustitución, pero entre elementos diversos, pues acá “el esfuerzo haría al hombre dueño de sí; en definitiva, feliz, porque la cabal posesión de sí mismo —la «entera y acabada posesión» de la propia vida, según la fórmula venerable de Boecio— es lo que constituye el verdadero fundamento de la felicidad” (p. 108), y unas líneas más abajo: “El alma, en este caso, descansa confiada y presuntuosamente en la capacidad perfectiva y redentora que parecen tener la intelección y el dominio de la realidad” (p. 109). Trátese del esfuerzo o el merecimiento, lo cierto es que, de los dos términos de la dualidad, el engaño recae exclusivamente en el primero, en el hombre, que consecuentemente es suplantado por un impostor: el ordenado, el *self-made man*. En esta escatología sí que, como propone Zilberberg, la extensión condiciona la línea temporal, sin importar si la meta es el estado prusiano de Hegel, la dictadura del proletariado de Lenin o el apocalipsis de San Juan.

A cambio, la filosofía oriental parte del principio contrario. En su caso, la multiplicidad es ilusoria, *maya*, y lo único que hay es Talidad, un flujo continuo, vacío, que “no admite caracteres específicos” (Chan, 1954, p. 29)⁷. No hay Dios y su creación, sino, si se me permite la expresión, dioseando y creando en un mismo movimiento perpetuo⁸. Antes que la determinación subordinante de allá, acá se plantea una interdependencia, una coordinación entre los términos de la dualidad que redundaría en su indeterminación. El todo y su accidente son una y la misma cosa. No es *ying* o *yang* o *ying* ahora y *yang* después, aquí y allá; es *ying* y *yang* siempre, en cualquier lugar. Entre los hombres y los dioses no hay correlato de semejanza, no hay metáfora; hay metonimia, es decir, relación de contigüidad. No hay El Libro; hay los libros que nunca terminan de agregarse al devenir. Evidentemente, en oriente también hay dualismos y trialismos; lo que cambia es, insisto, la variabilidad de los elementos. No se crea, por lo demás, que semejante orientación deja de dar lugar a presunciones. La más evidente, la del “aquí y el ahora”, la de que, cuando menos en la órbita de lo humano, existe tal cosa como una continuidad total o una variabilidad que, de infinita, se torne vacía. Quiero decir que, sí, estoy seguro de que la meditación se encamina a ello, pero solo lo consigue en tanto que estado, en tanto que determinación de la acción de meditar; se medita ahora y luego se estudia, un lugar para meditar y otro para estudiar. Claro que, en cada caso, se trata de propiciar un estado de conciencia lo más duradero posible, lo que, sin embargo, difícilmente se consigue sin la práctica de lo que, en el *Vipassana*, por ejemplo, se concibe como un entrenamiento sistemático al que se dedica un tiempo

⁷ Nótese que, en contraste, la cábala atribuye el principio de todo al nombre y, más aún, a la letra, donde “b” es *Be reshith*, “en el principio”.

⁸ De esta integración dan cuenta tanto el concepto védico *Rta* (v. De Mora, 2010, pp. 84 ss.), como el *dharma* del budismo y aún la práctica del *tao* (v. Botton, 2019, p. 325), todos ellos relativos a la continuidad del movimiento. El propio Buda no enseñaba la verdad en sí, sino el camino para llegar a ella, lo que se atestigua lo mismo en el *Dhammapada* que en las dos orientaciones principales de la doctrina: *Hinayana*, o “vehículo pequeño”, y *Mahayana*, o “vehículo grande”.

determinado. Únicamente el Buda, en persona, llegó a hacer de la meditación una estancia verdaderamente continua; de la intensidad, la magnitud del espacio que ocupó.

Ahora que sí es posible conocer y/o desconocer el mundo de maneras tan diametralmente opuestas, con semióticas tan distintas, eso significa que las funciones temporales (continuidad, imperfectividad, síntesis, combinación, homotopía) y las funciones espaciales (discreción, perfectividad, análisis, selección, sincronía) no son más que eso, funciones, y que, como tales, son susceptibles de invertirse para vincular los términos de las dualidades en, ¿por qué no?, constelaciones. Eso hacen, justamente, las semiologías en las que el metalenguaje hace las veces de poética, de *o lo uno o lo otro*, y/o la poética desempeña funciones de *lo uno y lo otro*, donde, en efecto, la intensidad se convierte en un accidente del espacio, cuando la extensión se vuelve propiedad de la línea temporal¹⁹. ¿Cabría imaginarse, por cierto, cosmovisiones constelares cuyos elementos, en lugar de oponerse y negarse mutuamente, de asociarse y afirmarse unos a otros, se puedan oponer para afirmarse y asociar para negarse? Una respuesta: la cultura *new age*. Espero que no sea la única.

REFERENCIAS

- Aristóteles. (1974). *Poética* (V. García Yebra, Trad.). Gredos.
- Arrivé, M. (2001). *Lingüística y psicoanálisis* (S. Ruiz, Trad.). Siglo XXI.
- Austin, J. L. (1971). *Cómo hacer cosas con palabras* (G. Carrió y E. Rabossi, Trads.). Paidós.
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos* (F. González, Trad.). Siglo XXI.
- Boole, G. (1958). *An investigation of the laws of thought: On which are founded the mathematical theories of logic and probabilities*. Dover.
- Botton, F. (2019). *Ensayos sobre China: Una antología*. El Colegio de México.
- Calsamiglia, H., & Tusón, A. (2012). *Las cosas del decir: Manual de análisis del discurso*. Ariel.
- Cassirer, E. (1998). *Filosofía de las formas simbólicas* (Vol. 1, A. Morones, Trad.). Fondo de Cultura Económica.
- Chan, W. (1954). El espíritu de la filosofía oriental (J. Hernández y J. Portilla, Trads.). En *Filosofía del Oriente* (pp. 9–48). Fondo de Cultura Económica.
- Damasio, A. (2022a). *El extraño orden de las cosas: La vida, los sentimientos y la creación de las culturas* (J. Ros, Trad.). Booket.
- Damasio, A. (2022b). *Sentir y saber: El camino de la conciencia* (J. Ros, Trad.). Ariel.

¹⁹ Haciendo plena justicia a la semiótica de Zilberberg, cabe subrayar que es en este campo donde la gramática tensiva muestra toda la fuerza de su utilidad. Todavía ahí, sin embargo, me parece que le falta cuerpo, hablar del cuerpo, vaya.

► **Artículos:** Apuntes para una epistemología semiótica

- De Mora, J. M. (2010). Estudio analítico. En *Rig Veda* (pp. 21–104). Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Dilthey, W. (1985). *Poetry and experience* (R. Makkreel y F. Rodi, Eds.). Princeton University Press.
- Ezcurdia, M., & Hansberg, O. (Comps.). (2011). *La naturaleza de la experiencia* (Vol. 1). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Fabbri, P. (2000). *El giro semiótico* (J. Vivanco, Trad.). Gedisa.
- Greimas, A. J. y Courtés, J. (1982). *Semiótica: Diccionario razonado de la teoría del lenguaje I* (E. Ballón & H. Campodónico, Trads.). Gredos.
- Greimas, A. J. y Courtés, J. (1986). *Sémiotique: Dictionnaire raisonné de la théorie du langage II*. Hachette.
- Greimas, A. J. y Fontanille, J. (2002). *Semiótica de las pasiones: De los estados de cosas a los estados de ánimo* (G. Hernández, Trad.). Siglo XXI.
- Hjelmslev, L. (1974). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje* (J. L. Díaz, Trad.). Gredos.
- Jakobson, R. (1986). *Ensayos de lingüística general* (J. Puyol y J. Cabanes, Trads.). Planeta/Artemisa.
- Kant, I. (2006). *Crítica de la razón pura* (P. Ribas, Trad.). Taurus.
- Kierkegaard, S. (2002). *Tratado de la desesperación* (C. Liacho, Trad.). Leviatán.
- Laín Entralgo, P. (1986). *Teatro del mundo*. Espasa-Calpe.
- Lope Blanch, J. M. (Ed.). (1977). *Estudios sobre el español hablado en las principales ciudades de América*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Piaget, J., & Inhelder, B. (2007). *La psicología del niño* (A. L. Hernández, Trad.). Morata.
- Platón. (1988). *La república* (J. M. Pabón & M. Fernández Galiano, Trads.). Alianza.
- Shannon, C. E. (1938). A symbolic analysis of relay and switching circuits. *Transactions of the American Institute of Electrical Engineers*, 57(12), 713–723. <https://doi.org/10.1109/T-AIEE.1938.5057767>
- Sperber, D. y Wilson, D. (1994). *La relevancia: Comunicación y procesos cognitivos* (E. Leonetti, Trad.). Visor.
- Weber, M. (2006). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (L. Legaz, Trad.). Terramar.
- Zilberberg, C. (2016a). Defensa del tempo. *Lienzo*, (37), 139–168. <https://revistas.ulima.edu.pe/index.php/lienzo/article/view/1228>
- Zilberberg, C. (2016b). *Semiótica tensiva* (D. Blanco, Trad.). Universidad de Lima.